

Habia un hombre llamado Herman y una mujer nombrada Lisbeth, que por el sacramento del matrimonio, no formaban más que un ser, pero que por la manera de conducirse formaban dos tan perfectamente como una pareja puede hacerlo.

El hombre, era buen marido, excelente padre y ferviente cristiano, pero la mujer descuidaba á la vez sus deberes con su marido, con sus hijos y con el buen Dios.

Herman era laborioso, Lisbeth perezosa; él económico, ella gastadora; él parco, ella glotona; él humilde, ella so-

Habia un hombre llamado Herman y una mujer nombrada Lisbeth, que por el sacramento del matrimonio, no formaban más que un ser, pero que por la manera de conducirse formaban dos tan perfectamente como una pareja puede hacerlo.

El hombre, era buen marido, excelente padre y ferviente cristiano, pero la mujer descuidaba á la vez sus deberes con su marido, con sus hijos y con el buen Dios.

Herman era laborioso, Lisbeth perezosa; él económico, ella gastadora; él parco, ella glotona; él humilde, ella so-

herbia; él quería la sencillez, ella el lujo; él aficionado á su hogar, á ella le gustaban los placeres de fuera; él buscaba la tranquilidad, ella la agitacion; él predicaba la paz, ella sembraba la discordia; él trataba al prójimo como hermano, ella le trataba voluntariamente como extraño ó como enemigo; él no quería más que á ella, ella preferia más agradar á los demás que á él; él daba á sus hijos buenos consejos y buenos ejemplos, ella por su abandono y por su conducta, les conducía al camino de la perdicion; él oraba á Dios de todo corazon, ella se dispensaba, pretendiendo que su marido le rogaba bastante por él y por ella.

Aunque estuvo muy resignado con la voluntad de Dios, que para probarle, habia permitido que tomase por esposa una mujer tan mala, el pobre Herman no era feliz con Lisbeth, y más bien de pesar que por enfermedad, se fué de este mundo una hermosa mañana. Si, fué una hermosa mañana para él aquella en que volviendo á abrir los ojos, en lugar de tristes espectáculos que le afligian todos los días en su casa, se vió trasportado al hermoso Paraíso en donde vió brillar el divino sol,

en donde, en lugar de oír resonar en sus oídos las palabras irritadas ó impías de su mujer, oyó los conciertos de los Angeles, y los Santos y las Santas que, corriendo á su encuentro, le decian con un tono gozoso:

—Sed bien venido entre nosotros, hermano Herman.

No sé si fué el fastidio de no tener ya cerca de ella á su pobre hombre para atormentarlo, ó porque las agitaciones de su mala vida la habian consumido ántes de tiempo, ó porque el buen Dios no queria dejarla más tiempo continuar sus escándalos sobre la tierra, el caso es que poco despues de la muerte de su marido, Lisbeth, la mala Lisbeth, se acostó á su vez para no levantarse más.

Cuando, al través de las colgaduras de su lecho apercibió la muerte, con su rostro pálido y sus dedos huesudos que avanzaban para cogerla, y detrás de la muerte, la Eternidad, que se preparaba á cogerla á su vez, tuvo miedo y se puso á temblar como la hoja en el árbol. En vano cerraba los ojos, apercibia siempre al través de sus pupilas cerradas la horrosa vision. Y alrededor de su lecho,

veía, bajo formas espantosas, apresurarse sus malos recuerdos, agitarse, dar vueltas alrededor de ella como un círculo diabólico, que se estrechaba cada vez más é iba bien pronto á tocarla. Y rostros que reconocía (rostros de personas que su ejemplo había perdido) se destacaban de esa cadena que se movía, y voces que reconocía también, aunque no tenían ya nada de humanas, la gritaban con un tono burlesco:

—¡Llegó tu vez, Lisbeth, te esperamos! Y ella temblaba cada vez más fuerte y sentía un sudor frío correr por su rostro y por todo su cuerpo.

En aquel momento, la pareció escuchar en su oído derecho una voz dulce que la hablaba.

Pero el sonido de aquella voz era tan débil, las palabras eran tan confusas, que Lisbeth no las comprendía.

Era la voz de su buen ángel que, viéndola próxima á morir, la suplicaba por última vez, y con más insistencia que nunca, que se reconciliase con Dios.

—¡Lisbeth, la decía, Lisbeth, aún es tiempo; arrepíentete!

Pero Lisbeth, no oía lo que la decía su

buen ángel, justamente, porque, para no oírle más, para no ser importunada más por sus consejos y por sus reproches, hacia ya muchos años, tuvo la mala idea de taparse el oído del lado donde tenía su fiel amigo que Dios había puesto cerca de ella, cuando nació, para enseñarla el camino del cielo.

Sin embargo, en su terror, y aunque sabía bien que el espíritu maligno era el que causaba su pérdida, no pudo impedirle de arrojar una mirada al lado de él, como para suplicarle que aún viniese en su auxilio.

El ángel del mal, que no la había dejado durante su vida, había tenido cuidado, como se comprenderá de no abandonarla en este momento viéndola volverse hácia él, y leyendo en su pensamiento su secreta inquietud, quiero decir, miedo tan grande, que tenía de ir con él al infierno, se inclinó sobre su lecho y la habló al oído izquierdo.

—Veo lo que te atormenta Lisbeth, dijo él, y estoy avergonzado por ti. Después de haberme adulado hasta el presente, para gozar mejor, gracias á mí, los goces de la tierra, hé ahí, que en el momento

de dejarla quisieras, dejarme tambien, para ir á gozar sin mi de las dulzuras del cielo. Eso es poco delicado, confíesalo. Pero en fin, soy buen diablo, y si te he servido bien, tú me has hecho por tu parte ganar tantas almas, que bien puedo en agradecimiento, ceder la tuya á Dios, si Él quiere. Y áun te acompañaria hasta la puerta del Paraiso, y ocultado detrás de ti, te dictaria lo que habias de decir cuando te interrogaran.

A estas palabras del diablo, Lisbeth, que estaba acostumbrada á creerle, se sintió tranquilizada, y sin ningun pesar dijo adios á este mundo y se puso en camino con su protector para trasportarse al cielo.

Pero, mientras que se elevaban reunidos hácia el tribunal divino, Lisbeth y su compañero, vieron al Señor, escoltado de una legion de ángeles, pasar con una rapidez mil millones de veces mayor que la de la más rapida estrella, y con un esplendor mil millones de veces más vivo que el del sol más brillante, en las lejanas elevaciones del cielo.

Quando se repusieron un poco del deslumbramiento que aquella aparicion les

habia causado, el diablo tomó la palabra: — Hé ahí una casualidad dichosa para ti, Lisbeth, la dijo. Dios está ausente; San Pedro es quien vá á juzgarte, y San Pedro á pesar del alto rango que tiene sobre la tierra y en el cielo, no tiene mucho talento. ¿Vas á ver cómo atraparemos á ese antiguo pescador ignorante que ha llegado á ser el Jefe de los Apóstoles!

¿Era sincero hablando de ese módo, el padre del embuste? En efecto, ¿cómo suponer que queria realmente perder un alma que le pertenecia de hecho y derecho? A ménos que no quisiese, contando cogerla luego por otra parte, jugar á San Pedro una mala pasada, haciéndole admitir una oveja sarnosa en el blanco rebaño del Señor.

Cualquiera que fuese su intencion secreta, al fin, Lisbeth y él, llegaron á la puerta del Paraiso. El se ocultó detrás de ella, sin que le viesen, para dictarla lo que debia decir á San Pedro, y llamó resueltamente.

El portero del cielo, como se comprende, no se apresuró á abrir. Y se contentó con mirar por el pequeño ventanillo que expresamente habia mandado hacer

encima de la cerradura, á fin de poder conocer á los que llegaban.

Pero por consejo del diablo, la mujer ocultaba su rostro bajo un capuchon, de manera que no se la conociese.

—¿Qué deseais mujer? dijo el Santo.

—Gran San Pedro, dijo Lisbeth, desearia me dijérais en vuestra calidad de portero del Paraiso, si no habeis dejado entrar, hace hoy justamente un año, á un hombre llamado Herman.

—¿De que Herman hablais? contestó el Santo. Hay muchos hombres que se llaman así, y veo inscritos muchos de ese nombre en mi libro que han entrado ese dia.

—¿Querriais, gran San Pedro, continuó la mujer, leer en voz alta en vuestro libro lo concerniente á esos distintos Herman? De ese modo podria designaros el que yo busco.

—Con mucho gusto, dijo San Pedro, y leyó: «Herman, edad dos meses, muerto con la inocencia bautismal.»

—Ese no es, dijo Lisbeth.

—«Herman, edad veinte años, muerto con la corona de las Virgenes.»

—Tampoco es ese.

—«Herman, edad cincuenta y dos años, fué servidor de Dios, modelo de los esposos y de los padres, murió mártir...»

—¡Ese es! interrumpió Lisbeth.

—«Martirizado por Lisbeth, su mujer,» acabó San Pedro.

Esto fingió no oirlo.

—Ahora, gran San Pedro, contestó ella, desearia saber de vos, en vuestra calidad de Jefe de la Iglesia, si verdaderamente el hombre y la mujer no forman más que uno.

—¿Sois, pues, idólatra, dijo el Santo, para dirigirme tal pregunta? Marido y mujer no forman más que uno, seguramente.

—Gran San Pedro, dijo de nuevo la mujer, desearia aún saber de vos, siempre en vuestra calidad de Jefe de la Iglesia, si le es permitido al hombre separarse de aquella á quien Dios ha unido.

—La Santa Escritura dice que no, respondió el Jefe de los Apóstoles.

—En ese caso San Pedro, exclamó Lisbeth, echando atrás con un aire de triunfo su capuchon, os ruego me abrais la puerta para ir á reunirme á Herman mi marido.

—¡Ah! dijo San Pedro; despues de haberle martirizado en la tierra, queréis venir á reuniros con él en el cielo. No os abriré.

—Olvidais, gran San Pedro, dijo la mujer, con acento un poco brusco, lo que me deciais hace un momento. Vos que sois un hombre no podeis separar lo que Dios ha unido.

A esta respuesta capciosa, Pedro se rascó la frente, como un Santo embarazado. ¿Lo estaba verdaderamente?

Lisbeth se frotaba las manos.

Despues de un momento de silencio:

—No soy yo quien os separa de vuestro marido. Es, vos los sabeis bien, vuestra conducta.

—Olvidais además gran San Pedro, respondió Lisbeth, lo que acabais de decirme, que el hombre y la mujer no forman más que uno. Puesto que yo no soy más que uno con Herman, los méritos de Herman son los míos.

De nuevo cogido por sus propias palabras, y aparentemente, más embarazado que nunca, San Pedro parecía buscar una respuesta pasándose el dedo por detrás de la oreja.

Lo que notando Lisbeth, le hizo una reverencia irónica, como para decirle:

—¡Cogido! gran Santo.

—¡Ay! á su vez, olvidaba bajándose para hacer la reverencia, que habia álguien oculto detrás de ella.

Por consecuencia del movimiento que hizo, una especie de horquilla apareció de repente por encima de su cabeza, y San Pedro vió distintamente los cuernos del diablo.

—¡Ah! pensó, ¡era que se queria jugar conmigo! Y dirigiéndose á Lisbeth, dijo:

—Así pretendéis, uniéndoos con Herman, que los méritos de él sean los vuestros.

—Ciertamente, dijo ella, lo pretendo.

—Por consecuencia, contestó, Herman no formando más que uno con Lisbeth, las faltas de Lisbeth son las suyas. Veamos ligeramente vuestra cuenta.

Y volvió á abrir su gran libro.

—Veo aquí, continuó él, que Herman ha dejado la tierra, hace un año, en estado de gracia: pero veo que vos la habeis abandonado despues en estado de pecado mortal. Puesto que, Herman no formaba más que uno con vos, y el último estado

del alma es el que sólo se cuenta, Herman, culpable como vos de impenitencia final, debe según vuestro sistema, estar en el infierno esperándoos. Id pronto allá à encontrarle.

Y cerró el ventanillo.

Lisbeth dió un gran grito, el diablo una gran carcajada, y se la llevó entre sus garras.

No hay que olvidar, que él habia siempre contado con aquello.

del alma es el que sólo se cuenta. Herman, culpable como vos de impenitencia final, debe según vuestro sistema, estar en el infierno esperándoos. Id pronto allá à encontrarle.

Y cerró el ventanillo.

Lisbeth dió un gran grito, el diablo una gran carcajada, y se la llevó entre sus garras.

—PONDE EL JUEZ ESTÁ OBLIGADO À ADMITIR CIRCUNSTANCIAS MUY ATENUANTES.

—¡Ah! ¿sois vos, al fin, dijo San Pedro, á un hombre que llegaba para ser juzgado, cuando hubo declarado su nombre y apellidos? Hacia mucho tiempo que os esperaba, amigo mio.

—A mi, señor San Pedro, dijo el hombre. ¿Tengo el honor de que me conociérais?

—Sí, dijo San Pedro, teneis ese honor, gracias à vuestra querida mitad, que me ha contado bellezas sobre vuestra cuenta.

—¿Cómo es eso? dijo el hombre, ¿mi mujer?

—Si, querido señor, vuestra mujer, á quien habeis descuidado mucho, al parecer, y que por ahora está en el purgatorio, á causa del mal humor que la ha puesto, por lo que asegura, vuestra conducta inconsiderada para con ella.

—Pero, señor San Pedro, os juro... (Perdonadme, os aseguro quiero decir), que no he faltado jamás al juramento de fidelidad que la he dado en el altar.

—No es precisamente de infidelidad de lo que os ha acusado, pero se queja de vuestra frialdad, de que, despues de vuestro casamiento no habeis tenido para ella los mismos miramientos, ni las mismas atenciones que ántes, mientras que os encontrábais muy satisfecho, y sabiais mostraros muy cariñoso con las demás. Y ese es, lo repito, el disgusto que ha tenido y la ha agriado el carácter, y la retiene en el purgatorio á estas horas.

—Señor San Pedro, dijo el hombre, estoy verdaderamente triste por lo que me decis, de que mi mujer ha sufrido y sufre aún por mi causa, pues la he amado siempre y la quiero mucho aún,

á pesar de lo que ha podido deciros para ponerme mal á vuestros ojos; lo que me parece, entre paréntesis, no ser, por su parte, más que una falta de cariño.

—Os detengo aquí, dijo San Pedro, para advertiros que vuestra mujer no podia dispensarse de decirme la verdad, y que no os ha acusado sino buscando, como era su deber, disculparse ella misma.

—Puesto que es así, contestó el hombre, no quiero culparla, pero sin duda me será permitido hacer, á mi vez, para mi justificacion, lo que ella ha hecho por su parte para la suya.

—Conformes, si teneis buenas razones que alegar para vuestro descargo.

—Las creo así, respondió el marido. Por lo demás, vos juzgareis. ¿Me permitis preguntaros, señor San Pedro, sin cometer indiscrepcion, cómo habeis encontrado á mi mujer cuando se ha presentado ante vos?

—Por cierto que recuerdo no he podido distinguir bien sus facciones. No he visto más que una masa negra. Acababa en aquel momento de contemplar la casa de Dios, y he atribuido esta ilusion al

contraste, ó más bien al deslumbramiento de mis ojos.

—No era ni el contraste ni el deslumbramiento, ni ninguna clase de ilusion, era la realidad lo que os hacía ver así, señor San Pedro.

—¡Imposible! dijo éste. Ahora que vuelven mis recuerdos, tenía ella (la veo aún), la traza como de salir de una mina de carbon.

—Justamente, dijo el hombre; ese es su retrato.

—¿Qué decis? ¡Su retrato!... repitió el Santo. ¿No era su raza blanca?

—¿De raza blanca? señor San Pedro. Tenía, sin ofenderos, la piel más blanca que vos y yo. Como leche pura. Hablo de sus buenos tiempos cuando aún era señorita.

—¿Qué me contais? contestó San Pedro. No vayais á hacerme creer que llegando á ser señora, ha tomado una piel de negrita.

—Plugiése al cielo, señor San Pedro, que no hubiese hecho más que eso. No hubiera habido la mitad del mal. Piel de negra, es siempre piel humana, y se puede uno acostumar á ella, pero á una más cara de....

—¡Vaya! dijo San Pedro; ¿qué es eso?

—Eso mismo, señor San Pedro; ¿y encontráis ahora que me fuese fácil mirarla con cariño?

—No digo eso, respondió el Santo; no, en verdad, no lo digo. Pero, ¿cuando la tomásteis por esposa, no era así?

—Podiais suponerlo, señor San Pedro. Cuando la tomé por esposa era la más linda y la más jóven y más fresca que nunca he podido desear. Una tez blanca como la leche, donde se hubiera podido coger rosas; cabellos, como de oro fundido, todos iguales; las manos... ¡era preciso verlas! Y sobre ella, por sus vestidos, ¡qué cuidados! ¡qué limpieza! ¡una verdadera flor! señor San Pedro, con su belleza y sus perfumes. ¡Y me han gustado tanto siempre las flores!

Pero cuando llegó á ser mia, ¡qué cambio! Mal lavada, mal peinada, manchas de todas clases en sus vestidos, sin contar con las que se ocultaban. El corazón se me levanta aún cuando pienso en las manos con que preparaba y servía el puquero.

Yo la decía, al principio, cuando se presentaba de un modo que no convenia

à una mujer que se respeta y respeta à su marido:

—«Querida mía, tú no pareces hoy tan fresca como otros días, y tus faldas no están tan alisadas.»

—«Me arreglaré en seguida,» respondia.

Pero no hacia nada.

Despues, me vi obligado à decirla:

—«Tú no eres la misma, querida amiga; te desatiendes demasiado.»

Entónces me respondia:

—«Tú eres quien no es ya el mismo, y que me descuidas desde que he llegado à ser tu mujer. No me miras ya con el mismo aire, y no me abrazas nunca.»

Y cada vez se hacia ménos cuidadosa de su persona.

Os he dicho, señor San Pedro, y no creo que esto fuese un pecado, me han gustado siempre las flores y todo lo que se las parece, y mi mujer, que hubiera podido estar hermosa, no se tomaba ya el trabajo de ponerse bella para mí. Yo veía al lado de ella otras señoras, que eran lo que ella habia sido, lo que hubiera podido ser aún, y lo que, por voluntad, no era. Al principio, puedo decirlo, evitaba mirarlas de miedo que

la comparacion no hiciese demasiada justicia à la que únicamente debia mirar. Pero, al fin, dejé de tener siempre la vista baja entre mi mujer y sus amigas: la una, de su pleno gusto, bajaba mis ojos, y las otras que los atraian y permitia à mis miradas recompensarse un poco.

—¿Fué eso todo, en verdad? dijo San Pedro.

—Puesto que es preciso decir todo, repuso el esposo, confieso que algunas veces el corazon se sentia dispuesto à seguir à los ojos. Hé ahi, me decia yo, un hermoso lirio ó una bella rosa que desearia tener en mi jardin. Pero una palabra irritada de mi mujer venia à recordarme en seguida que el sitio estaba ya ocupado. Entónces, suspiraba en secreto y procuraba separar de mi espiritu un pensamiento que corria riesgo de cambiarse en pecado.

—Despues de lo que oigo, dijo San Pedro, no sois tan culpable como yo pensaba, y hay, en vuestra falta, circunstancias muy atenuantes. Pero todo pecado merece castigo. El vuestro será ir à encontrar à vuestra mujer en el purgatorio,

y por poco apetitosa que os parezca no perderla de vista hasta el momento en que el fuego purificador la haya limpiado completamente, y volverla digna de figurar, como esas lindas flores que os gustan tanto, en el jardin del buen Dios. La cosa está ya avanzada, y así vuestro castigo no durará mucho tiempo.

EL ESCÁNDALO DE ARRIBA.

XVIII.

EL ESCÁNDALO DE ARRIBA.

¿Era un rey ó un pontífice? ¿Un Jefe espiritual ó temporal? No lo diré. Era un personaje que Dios había elevado sobre sus semejantes, no para darle una posición privilegiada, sino para que obra-se sobre ellos, con la autoridad, la influencia saludable del buen ejemplo. La muerte había puesto fin á su alta misión, y venía al tribunal de Dios, donde se sienta San Pedro, á rendir cuenta de la manera como había llenado sus deberes.

La cuenta no debía estar á su favor, á juzgar desde luego por la expresion del rostro del Santo, mientras que consul-